

obligando a los médicos a cobrar honorarios de los cuales dispondría el Colegio a su antojo y otras acusaciones tan falsas y bien intencionadas como las citadas. (Copia de la denuncia existe en el archivo de Secretaría; siempre se encuentra un Judas sea donde fuere.)

Esta denuncia, según se me dijo, fué presentada al gobernador, formando un rollo atado con una cinta de los colores nacionales. ¡Qué papeles se hacen hacer a veces a nuestra gloriosa enseña!

El señor Gobernador, jefe supremo de la sanidad en la provincia, no se molestó en llamar al Presidente del Colegio para pedirle explicaciones en vista de la gravedad de la denuncia, sino que "ipso-facto" decretó la sumaria de la Junta del Colegio y la clausura del Sindicato.

Aquella noche se celebró un baile en casa de uno de los más significados miembros de la Directiva de la Federación.

VI

LOS INTRUSOS COBRAN NUEVOS ALIENTOS Y YO EMPIEZO A DUDAR DEL ESTADO DE MIS FACULTADES MENTALES

Por aquel entonces había en esta capital un cura que había ahorcado los hábitos y se dedicaba a la lucrativa industria de engañar a los incautos e ignorantes. Decía curar el cáncer en "cuarenta días, sin fallar ni un caso". El Colegio le había perseguido y denunciado repetidas veces. Siempre conseguía escaparse. No faltaba, para vergüenza de la clase, un médico, o por lo menos, un individuo provisto de este título, que asumiera la responsabilidad diciéndose director de aquel llamémosle consultorio. Ultimamente le habíamos acosado firmemente. Le amparaba un desgraciado médico de 75 años, sordo e inútil. Nosotros lo recomendamos a la caja de beneficencia del Sindicato para que le pasara las 150 pesetas mensuales que cobra-